

Música

Son las variaciones Goldberg

POR TEOBALDOS

RECITAL AL CLAVE DE BENJAMÍN ALARD

Programa: Las variaciones Goldberg, BWV 988. Programación: ciclo barroco del Baluarte. Lugar: sala de cámara. Fecha: 25 de mayo de 2022. Público: tres cuartos (18 euros, 6 con carné joven).

Los espectadores que se acercan a escuchar las *variaciones Goldberg* de Bach, saben a lo que van. Lo hacen con cierta reverencia y liturgia. Y una vez que comienzan con el enunciado del aria, que da pie a las treinta variaciones, se escuchan sin respirar, dejándose llevar por el chispeante flujo de la música del clave, atentos siempre al detalle nuevo, a los nuevos adjetivos que, en cada concierto, aporta la versión del clavecinista. Parecería que las versiones, en esta música de dibujo tan nítido, sin líneas borrosas ni huidizas, no deberían cambiar mucho; y, sin embargo, la comparecencia de Alard en la sala de cámara del Baluarte, ha aportado novedades –sobre todo en algunas sonoridades–, con respecto a su paso por la semana estellesa (D. de Noticias 9-9-2017) en la iglesia de Santa Clara.

Benjamín Alard pide un escenario iluminado en penumbra; me recuerda al gran pianista Sviatoslav Richter, que, cuando vino al Gayarre –ya hace décadas–, pidió que estuviera todo a oscuras, a excepción de un flexo,

que iluminaba la partitura. En ese ambiente recogido, tanto el intérprete como el público, no tienen otro remedio que encontrarse en el apabullante flujo de la música. No recuerdo si el instrumento era el mismo que en Estella, pero, desde luego, en esta ocasión ha lucido registros que no se suelen escuchar. Como manda la obra, tiene dos teclados, y, lo mismo que sucede con el órgano, las peripecias están representadas por el paso de un teclado al otro, y todo el desarrollo depende de la combinación de los distintos grados de sonoridad, del enganche de ambos, y del manejo de los registros. En el caso que nos ocupa, lo que más hemos notado ha sido el matiz tímbrico de algunos pasajes: sobre todo el de imitación al laúd, o cierta sonoridad tapada, en contraste con el torrencial desarrollo de la mano izquierda en algunas variaciones. Siempre combinando, y oponiendo, una sonoridad más grande, con otra más detallada; justificando esos contrastes por el plan de la obra: las variaciones tan originales y distintas.

También contrapuso Alard la velocidad –de vértigo– en los pasajes rápidos, con los más lentos. Hay cierta discusión, entre los expertos, sobre los *tempi* en Bach: según algunos (Forkel) Bach asombraba a sus contemporáneos por la rapidez que imprimía a sus ejecuciones; según otros, los instrumentos de entonces no admitían la velocidad de los de ahora. En cualquier caso, Alard entiende muy bien que una medida rígida y uniforme no conviene al maestro de Leipzig; y nos deslumbra con la sonoridad total de la *variación II*; o con la calmada, pero adornada, *variación 16*, o la delicadísima *25*, de vuelo expectante y lento, o la fuga de la *10*, rotunda y clara desde el comienzo. Solo por poner algún ejemplo. En fin, volvimos a asistir al acontecimiento de las *variaciones Goldberg*. Y no importa que, en algún momento de la hora y pico que dura la obra, nos quedemos algo traspuestos, sin ganas de analizar nada, sencillamente, dejándonos llevar; para eso se compusieron, para aliviar el insomnio del Sr. Goldberg. ●

